

La “crisis de identidad” de los profesionales de la información

Por Francisco López Hernández

Resumen: *Se reflexiona sobre una crisis de identidad que parecen sufrir los profesionales de la información, causada por la llegada de nuevas tecnologías, la tensión entre titulados y no titulados, las restricciones económicas y la poca valoración social. No vale con enunciar los problemas, sino que hay que proponer soluciones: con las nuevas tecnologías no ha cambiado el papel del profesional, los nuevos titulados a la vez que enriquecen la profesión han de reconocer el papel de los no titulados en el desarrollo de bibliotecas y otros centros de información, hay que adaptarse a los nuevos tiempos de neoliberalismo sin olvidar que la rentabilidad de las bibliotecas públicas sólo puede ser social, y se ha de luchar para que la sociedad y sus dirigentes valoren nuestro trabajo simplemente consiguiendo que lo conozcan.*

Palabras clave: *Profesionales de la información, Bibliotecarios, Documentalistas, Valoración profesional, Papel de los profesionales, Nuevas tecnologías, Bibliotecas públicas, Bibliotecas universitarias, Asociacionismo profesional.*

Title: **The “identity crisis” of information professionals**

Abstract: *This paper considers the identity crisis affecting many information professionals, due to the arrival of new technologies, tensions between people with and without a degree, economic restrictions and low social esteem. It is not enough to identify the problems, but also to propose solutions: with the arrival of new technologies the role of the professional has not changed; new graduates must recognise the role played by non-graduates in the development of libraries and other information centres at the same time they themselves are enriching the profession; information professionals must adapt to these new times of neo-liberalism without forgetting that the benefits of public libraries must be measured in social terms; and they must strive to explain what they do so that society and its leaders will value their work.*

Keywords: *Information professionals, Librarians, Professional appraisal, Roles of the professionals, New technologies, Public libraries, Academic libraries, Professional associations.*



Francisco López Hernández, bibliotecario de la Escuela Politécnica Superior de la Universidad Carlos III de Madrid, coordina el Servicio de Atención a Usuarios.

EN DIVERSAS OCASIONES se han suscitado debates sobre cómo se deben denominar los profesionales que se ocupan de mediar entre la información y quienes la necesitan: bibliotecarios, documentalistas, gestores de la información, gestores del conocimiento, etc., y los invasores “information managers” o “knowledge managers”.

Es indudable que las nuevas posibilidades a las que se ha abierto esta profesión requieren una renovación de su nomenclatura, pero tanta variedad hace pensar que más que eso se busca ocultar tras sonoros nombres en inglés lo que de verdad somos y que claramente aparece en estas dos palabras: bibliotecarios y documentalistas.

Según la *Real Academia* un documentalista es una “persona dedicada a recopilar datos bibliográficos, informes, noticias, etc., sobre determinada materia”, con lo que creo queda perfectamente definido: de eso se trata, de recopilar y preparar la información para que la use quien la requiere. ¿Realmente hace falta buscar tantos nombres diferentes para algo que, aunque se pueda hacer de diversas maneras, tiene una base tan común?

Este hecho mueve a pensar que desde hace un tiempo los profesionales de la información viven sumidos en una crisis de identidad que se encuentra provocada por varios factores que yo enunciaría así: la llegada de la informática y la generalización del uso de internet, la tensión que en ocasiones existe entre los titulados universitarios en biblioteconomía y documentación y quienes ejercen sin tener esos títulos, la nueva forma de entender los servicios públicos en una economía neoliberal, y la escasa valoración —yo diría desconocimiento— que la sociedad y quienes la rigen tienen de ellos.

Antes de entrar en materia me gustaría dejar claros unos aspectos. Lo que se refleja en las líneas que siguen se puede aplicar a las bibliotecas sin quitar una coma. Sin embargo, hay otras formas de ejercer esta profesión, de forma liberal o como documentalista al servicio de empresas privadas, en las que algunos de los problemas que se exponen no son tales: es muy lógico y natural buscar una rentabilidad económica con esas actividades. Además, la cuestión de equiparar las bibliotecas con salas de estudio tampoco afecta en absoluto a los profesionales liberales o que trabajan en centros de documentación o en el sector privado. No obstante creo que esos modos de ejercer la profesión sí que se ven afectados por los dos primeros problemas de los que seguidamente se habla.

La llegada de las nuevas tecnologías

La plácida existencia de 3.000 años de las bibliotecas empezó a verse alterada cuando en los años 60 del siglo pasado empezaron a utilizarse los ordenadores para facilitar algunas tareas. Unas décadas después, esos usos casi experimentales se convirtieron en lo cotidiano y supusieron una sacudida en el concepto tradicional de biblioteca. Las instituciones que se dedicaban a recopilar fondos y a ordenarlos para que se pudieran utilizar, y que debían ser lo más autosuficientes posible pues no podían o tenían dificultades para conseguir información ajena, se convirtieron en puertas de acceso a las posibilidades casi infinitas de información que ofrece internet. Los bibliotecarios vislumbraron el peligro: su papel podría quedar reducido a nada. Se auguraba la desaparición de los libros y por lo tanto de las bibliotecas tal y como se entendían¹. Si no se producía una adaptación a estos nuevos tiempos,

también desaparecerían los bibliotecarios como algo inútil.

«Una biblioteca sin usuarios está muerta, disponga o no de los últimos avances en obtención de información»

¿Cuál ha sido la reacción? Estos profesionales se han implicado en gran medida con las nuevas formas de acceso a la información. Se han preparado muy bien y han sido capaces de poner en marcha servicios que permiten el acceso a numerosas fuentes informativas. Han estudiado lo que ofrecen los diversos proveedores del mercado y así han procurado poner en marcha en sus centros sistemas cada vez mejores de acceso a la información. Sin embargo, ¿les ha dejado la prisa, o la necesidad de adaptación, pararse a pensar qué necesitaban sus usuarios? Claro está que en reuniones profesionales o en artículos de revistas especializadas se queda muy bien si se exponen los logros conseguidos, pero rara vez se hace referencia a la satisfacción o no de las necesidades de los usuarios. Muchas veces, incluso, se vive de espaldas a ellos.

De poco sirve automatizar los catálogos, adquirir sofisticados sistemas de información o dar acceso a internet si no queremos ver que muchas personas no se acercan a las bibliotecas o, lo que es peor, no tienen intención de hacerlo. Según el informe *Las bibliotecas públicas: una realidad abierta*, el perfil del usuario de la biblioteca pública es el de una persona de 18 a 35 años con estudios de grado superior. Evidentemente, se corresponde poco con la estructura de nuestra sociedad, con una edad media cada vez más avanzada y en la que no hay casi un 70% de ciudadanos con titulación universitaria². Quiere esto decir que hay que atraer a

estas personas a la biblioteca; de nada valdrá que pongamos en marcha los sistemas más complejos si esa mayoría de ciudadanos sigue sin venir a utilizarlos.

Además, esta especie de reacción defensiva es totalmente innecesaria, puesto que si se hace un análisis detenido de la misión de intermediarios que desde Ebla (la ciudad de Siria donde hace 4.500 años funcionó la biblioteca más antigua conocida) han tenido quienes trabajan en bibliotecas y con la información en general, se podrá comprobar que queda intacto. ¿Qué más da que la información que facilitemos esté en las páginas de un libro, revista o en un ordenador remoto conectado a internet? De lo que se trata es de tener la habilidad suficiente para buscarla y ponerla a disposición de quien la necesita.

«De poco sirve automatizar los catálogos, adquirir sofisticados sistemas de información o dar acceso a internet si luego muchas personas no se acercan a las bibliotecas o, lo que es peor, no tienen intención de hacerlo»

Añadamos a esto que quienes pensaban que el uso de recursos electrónicos iba a ser la panacea universal que resolviera todos los problemas relacionados con obtener información se equivocaron, al menos en parte. Internet, cuando empezó la generalización de su uso, era una entidad que si se pudiera calificar con dos palabras, éstas podrían ser el oxímoron "anarquía ordenada". La Red era ácrata y ello quería decir que muchos de los que la llenaban de contenido lo hacían sin ánimo de lucro, sólo para compartir información, lo cual de paso se podía convertir en la

contrapartida de ese "altruismo". Hoy en día los gobiernos y las grandes empresas han asaltado internet, como es sobradamente conocido.

Hay administraciones que pretenden regular mediante leyes su uso, y las grandes empresas han descubierto su valor como medio de comercialización. Proliferan cada vez más las páginas web que contienen información cuyo acceso es de pago. Así que de ese Edén en el que absolutamente toda la información del mundo estaría al alcance de cualquiera que pudiese conectar su ordenador a la Red, hemos pasado a depender de la economía de mercado, esto es, de las leyes de la oferta y la demanda. Obtener según qué informaciones de internet puede ser caro y los recursos informativos que la tienen como soporte, desde luego lo son. Cualquiera que tenga que pechar con una licencia de un proveedor de información electrónica sabe que las condiciones muchas veces son draconianas.

El dilema titulados-no titulados

Periódicamente suele surgir un debate entre quienes poseen la titulación de biblioteconomía o documentación y quienes trabajan en bibliotecas o ejercen su profesión en campos afines sin tenerla. Debate estéril sin duda, pues difícilmente puede llevar a alguna parte. Las bibliotecas tienen siglos de existencia a sus espaldas, tiempo durante el cual mayoritariamente se han ocupado de ellas personas que carecían de esos títulos. En España el primer intento para establecer unos estudios en la materia fue la creación, por la *Mancomunidad de Cataluña*, de la *Escuela de Bibliotecarias* de Barcelona, en 1915 (sin embargo, el *Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios* existía desde 1858), pero en realidad estos estudios no adquirieron rango universi-

tario hasta que en 1982 se aprobó la creación de la *Escuela Universitaria de Biblioteconomía* de la *Universidad de Granada*. Hasta entonces, y según indica **José Antonio Merlo Vega**: "los profesionales de las bibliotecas aprendieron las técnicas biblioteconómicas de manera autodidacta. A lo sumo, podían actuar como aprendices de experimentados bibliotecarios con los que iniciarse en el oficio hasta que fueran capaces de gestionar la biblioteca por sí mismos"³.

No obstante las bibliotecas funcionaron. Y aún hoy, cuando una parte significativa de los profesionales que se ocupan de ellas no tienen esas titulaciones, lo siguen haciendo. ¿Quiere esto decir que esos estudios no tienen importancia? En absoluto. Por supuesto que la tienen y nadie puede cuestionar que los diplomados en biblioteconomía y los licenciados en documentación son profesionales perfectamente preparados para ponerse al frente de bibliotecas y de centros de información de cualquier tipo. Por otra parte, estos titulados no pueden olvidarse del legado de las innumerables generaciones de bibliotecarios que, sin serlo, han hecho funcionar y progresar este campo a lo largo del tiempo.

Si esto se tiene en cuenta, ¿por qué los enfrentamientos?, ¿por qué esas luchas bizantinas que sólo sirven para ralentizar el progreso de esta profesión? Quizá para explicar estas rencillas lo que se debería hacer es no aislar la situación de los recién titulados en biblioteconomía o documentación de la del resto de universitarios. Cada vez es más difícil para alguien que acaba de salir de la universidad encontrar un trabajo de inmediato. La necesidad de experiencia, algo que casi todas las empresas piden, es uno de los obstáculos más importantes. Muchas veces las tan denostadas becas se convierten en un medio para obtenerla, pero también hay ocasio-

nes en que se abusa de ellas, se las despoja de su imprescindible carácter formativo y se pretende disfrazar con ellas el empleo de mano de obra barata y muy cualificada. Todas estas frases son aplicables a cualquier titulación universitaria.

El diplomado en biblioteconomía o el licenciado en documentación no se debe sentir un caso único en el Universo. En todas partes cuecen habas, desde cualquier lugar se ofrecen becas y es posible encontrar puestos de trabajo ocupados por quienes han estudiado otras cosas. Por poner un sólo ejemplo, en los laboratorios farmacéuticos trabajan biólogos, químicos, médicos, pero poquísimos licenciados en farmacia. El caso paralelo sería que los farmacéuticos en paro se quejasen de que esos puestos, que les debían corresponder, están ocupados por intrusos. Pero esos laboratorios funcionan y quienes allí están no son unos completos ignorantes, saben perfectamente lo que están haciendo.

El caso es el mismo en nuestra profesión. La lucha de los titulados es del todo legítima, pero quizá el frente no tiene que ser la descalificación de los que, sin serlo, desempeñan trabajos en bibliotecas y otros centros de información. Quizá la mejora de los planes de estudio y la posibilidad de adquisición de experiencia previa a la entrada en el mercado de trabajo, con acuerdos entre universidades y empresas, por ejemplo, pueden ser puntos en los que conseguir algo útil: el enfrentamiento entre titulados y no titulados, no. Colaboremos y no combatamos: nos irá mejor.

Neoliberalismo y bibliotecas

De un tiempo a esta parte un fantasma recorre Europa: el del neoliberalismo. Tras la reconstrucción del continente después de la Segunda Guerra Mundial, muchos

países orientaron su política a crear lo que se llamó el "estado del bienestar", en el que cada uno contribuía según sus posibilidades para que se pudieran ofrecer servicios de calidad para todos. Las bibliotecas eran uno de estos servicios, como medio que tenían los ciudadanos para acceder a la información, a la cultura y para disfrutar de su ocio.

«La lucha de los titulados es del todo legítima, pero quizá el frente no tiene que ser la descalificación de los que, sin serlo, desempeñan trabajos en bibliotecas y otros centros de información»

Sin embargo, las políticas de **Ronald Reagan** en EUA y de **Margaret Thatcher** en Gran Bretaña se propusieron otros fines. La consecuencia ha sido, al cabo del tiempo, el triunfo del neoliberalismo, palabra casi amable con la que se disfraza el capitalismo salvaje. De pronto han surgido necesidades que antes no se tenían en cuenta. La rentabilidad social, que era la única que se buscaba en los servicios públicos, quedó relegada en favor de la económica. El dinero para los servicios públicos se va reduciendo progresivamente y hay que adaptarse a ello. En los países anglosajones se empiezan a adoptar usos de las empresas comerciales para la gestión de los servicios públicos; este influjo se extenderá después por Europa. ¿Cuál es una de las consecuencias? La aparición de un lenguaje "de economistas", que empieza a llamar de otras maneras, algunas bastante preocupantes, todo lo relacionado con las bibliotecas.

En palabras de **José Antonio Magán**: "en los últimos tiempos se está produciendo una extensión de

las técnicas de gestión propias de centros encaminados al proceso de la información con fines no públicos a las bibliotecas, centros cuya finalidad está inmersa dentro de los objetivos generales de las instituciones a las que pertenecen (normalmente económicos) y que se puede apreciar en la aparición de conceptos como los de rentabilidad, competencia o clientes en lugar de los clásicos de servicios, cooperación o usuarios, a los que tradicionalmente nos dirigíamos. Dado que los objetivos de los servicios públicos están orientados al beneficio del ciudadano y no de la institución que los mantiene, difícilmente pueden ser aplicables a unos objetivos tan distantes políticas exitosas en centros de dependencia privada, pues nuestros objetivos finales, no olvidemos, son la creación de sistemas de información que permitan el desarrollo de la cultura, la ciencia y la técnica, y nuestros clientes los contribuyentes (esto es, los ciudadanos) y no las instituciones que los ofertan"⁴.

Uso de la biblioteca

A todo lo anterior hay que sumar la valoración social de las bibliotecas. No se puede negar, menos aún si se lee el antes citado informe *Las bibliotecas públicas: una realidad abierta*, que ha existido un avance considerable en los últimos años: hoy día se usan más y aumentan los ciudadanos inscritos en ellas; pero el propio estudio habla de "la imagen, no por tópica menos real en muchos casos, de la biblioteca pública como sala de estudio para niños y jóvenes"⁵. Sí, pueden estar muchas veces llenas, especialmente en determinadas épocas del año, pero ¿a qué vienen estas personas? Mayoritariamente a utilizar sus propios materiales. Dicho llanamente: a estudiar apuntes, siguiendo la mala costumbre de apenas apoyarse en otro tipo de fuentes para ello —consecuencia

directa del sistema educativo español—.

Este hábito se ha generalizado de tal manera que muchos piensan que la biblioteca no es nada más que un sitio para que vayan los jóvenes a estudiar y, por añadidura, entienden que todo lugar al que acudan los estudiantes con sus apuntes o sus libros es una biblioteca⁶. Hace algunos años, un diario madrileño publicó una noticia curiosa: la tuna de determinada facultad, ante la falta de sitio en la biblioteca, cedió el cuarto donde ensayaba para que se utilizase como sala de estudio, pero sólo para chicas porque, según ellos, eran más tranquilas. El periódico tituló la noticia sin ningún tipo de reparo: *La tuna de X abre una biblioteca de chicas porque son menos ruidosas*. Es decir, que todo receptáculo en el que haya varias personas estudiando es una biblioteca, según el periodista. Esta anécdota puede servir como muestra del desconocimiento que gran parte de la sociedad tiene de lo que la biblioteca le puede ofrecer. Es un asunto ya muy comentado y no insistiré en él, pero sí creo necesario decir que mucha culpa de ello la tenemos los propios bibliotecarios.

Todos los problemas que hasta aquí se han enumerado impiden muchas veces que nos volquemos con los usuarios, que es lo que realmente tenemos que hacer. Pero también es necesario abrir los ojos de aquellos de los que dependen las bibliotecas, ya sean consejeros, concejales o vicerrectores. Los políticos forman parte de la sociedad y por lo tanto comparten sus percepciones; es más, muchas veces las hacen suyas para conseguir su apoyo. Si queremos que ellos, que al final son los que toman las decisiones importantes, no caigan en los mismos errores, también tenemos que hacer campaña para que sepan que somos algo más que una sala climatizada con mesas y sillas.

Entonces, y sólo entonces, empezarán a juzgarnos realmente por lo que ofrecemos y no porque no haya sitio para que estudien sus apuntes todos los que quieran hacerlo o porque haga mucho frío o calor, como en muchas ocasiones ocurre ahora (de una forma mucho más acusada en las bibliotecas universitarias)⁷.

Hay solución

Cuando se exponen estas ideas, muchos compañeros de profesión vuelven la cabeza desdeñosos diciendo que no son tales problemas o que no sabemos hacer otra cosa que quejarnos. No se les puede quitar totalmente la razón, puesto que en muchas ocasiones no se plantean ideas o posibles soluciones que mitiguen el desaliento y permitan seguir avanzando. ¿Qué se puede hacer para que esta crisis no vaya a más?

Con relación al primer problema, si nos queda claro que el papel de punto de contacto entre la información y quien la necesita es independiente del soporte en el que venga, nunca nos debiera haber asustado la llegada de la informática y las redes de transmisión de datos. Por ello, sin que debamos descuidar la puesta en marcha de nuevos servicios a medida que estas tecnologías se perfeccionan, es imprescindible volver la vista hacia los usuarios; de poco sirve la tecnología si no pensamos en quienes la van a utilizar. Si más de la mitad de los españoles jamás ha pisado una biblioteca pública y el 82% no está inscrito en ninguna de ellas, quizá sea ése el problema prioritario. Una biblioteca sin usuarios está muerta, disponga o no de los últimos avances en obtención de información.

También nos deberemos dar cuenta de que la disputa entre titulados y no titulados es falsa, que los problemas para conseguir trabajo existen en todas las titulacio-

nes y seguirían existiendo aun cuando no hubiese sino titulados al frente de bibliotecas y otros centros de información. Buena es la creación de foros oficiales, cuyo ejemplo modélico es el *Colegio Oficial de Bibliotecarios y Documentalistas de Cataluña*, al que pronto seguirá el de la Comunidad Valenciana, foros en los que tengan cabida todos los que se dedican a esto y que sirvan para defender la dignidad de la profesión frente a los atropellos de empresarios con pocos escrúpulos o arbitrariedades de las administraciones públicas, puesto que esos son los que realmente socavan la profesión y no la presencia o no de presuntos “intrusos”. Si esta premisa tan sencilla se tiene en cuenta, estas disputas vacías dejarán de ser un obstáculo en el camino.

«Muchos piensan que la biblioteca no es nada más que un sitio para que vayan los jóvenes a estudiar y, por añadidura, entienden que todo lugar al que acudan los estudiantes con sus apuntes o sus libros es una biblioteca»

Contra el neoliberalismo temo que de momento no hay cura, hay que adaptarse a lo que se tiene y vivir con ello. No deja de ser curioso que en el tantas veces citado estudio sobre las bibliotecas públicas, los bibliotecarios y los políticos coincidan en que el principal problema de las bibliotecas públicas son los “presupuestos o asignaciones insuficientes”⁸. En este contexto, la aplicación de usos y técnicas de gestión propias de la empresa privada, sin decir que sea negativa, sí que ha de ser prudente. Se pueden adoptar la gestión de calidad, la dirección por objetivos, la mercadotecnia, técnicas además

apoyadas por las mentes más preclaras del mundo de las bibliotecas y la documentación, pero jamás se ha de olvidar este punto de partida: las bibliotecas sólo deben buscar la rentabilidad social⁹.

Por último, sería muy conveniente que nosotros mismos tuviéramos claro que gran parte de la población considera que las bibliotecas no son otra cosa que salas de estudio. Algunos no acuden a ellas por esta razón. Otros sí y como piensan que ésa es su única misión sólo se preocupan de ampliaciones de horarios, de falta de sitio y de climatizaciones. Si los propios bibliotecarios aceptan el problema —porque hay muchos que, me temo, no lo hacen— y nos preocupamos de vendernos como lo que somos, como la puerta tras la que está la información y no como la lonja con mesas y sillas para estudiar, este problema, quizá uno de los más graves que tenemos, podría empezar a solucionarse¹⁰.

Conclusión

La crisis es superable: no hay que caer en derrotismos. La llegada de internet y la incorporación de nuevos profesionales con formación universitaria que recojan el gran legado de los que les han precedido y aún conviven —y convivirán— con ellos deben tomarse como un gran enriquecimiento para esta profesión, que aún debe hacerse valer ante la sociedad y los políticos que la rigen para que su trabajo no ya se valore, sino se conozca. Mas para ello es necesario mirar al frente y no hacia nuestro ombligo.

Notas

1. No deja de ser curioso que **Nicholas Negroponte** para augurar la desaparición de los “átomos” (información en papel), desplazados por los “bits” (información electrónica), lo haga precisamente escribiendo un libro (*El mundo digital*).

2. *Las bibliotecas públicas: una realidad abierta*. Consultado en: 30-05-02.

<http://www.bibliotecaspublicas.info>

3. **Merlo Vega, José Antonio**. “Formación de los bibliotecarios musicales en España”. En: *18th Iaml Congress*, 1998.

4. **Magán Wals, José Antonio**. “El concepto de biblioteca en la actualidad: bibliotecas reales frente a bibliotecas virtuales”. En: **Magán Wals, José Antonio** (coord.). *Manual básico de biblioteconomía*. Madrid: Editorial Complutense, 1996.

5. Op. cit.

http://www.bibliotecaspublicas.info/bp/bp01_3-3a.htm

6. Según el estudio citado, un 82% de encuestados cree que quienes más se benefician de las bibliotecas públicas, o quienes más las necesitan, son los estudiantes y los jóvenes, mientras que los bibliotecarios creen que la razón principal por la que el público no acude a ellas es que “son consideradas fundamentalmente como lugares de estudio”. Op. cit.

http://www.bibliotecaspublicas.info/bp/bp01_4-1a.htm

http://www.bibliotecaspublicas.info/bp/bp01_4-1b.htm

7. Quizá no sean datos válidos para sacar interpretaciones, pero ahí van: en el año 2001 hubo 890.746 entradas a la biblioteca de la *Escuela Politécnica Superior de la Universidad Carlos III de Madrid*; en el mismo periodo se realizaron 76.693 préstamos. Es decir, sólo una de cada once entradas acabó en préstamo. Se podrían descontar las 55.552 consultas a bases de datos (si no tenemos en cuenta que muchas lo fueron a distancia y que el dato se refiere a toda la universidad), pero aún habría 758.501 entradas que no acabaron en préstamo. Es muy difícil deducir nada más, pero está claro que gran parte de ellas se debieron a “estudiantes de apuntes”.

8. Op. cit.

http://www.bibliotecaspublicas.info/bp/bp01_4-1a.htm

9. Obviamente, trabajar en una biblioteca universitaria me lleva casi siempre a enfocar este asunto teniendo en cuenta sus características. Los profesionales que realizan su actividad de forma liberal, como es lógico, tienen toda la razón del mundo al buscar otro tipo de rentabilidades.

10. Sin embargo, no sólo nos atañe a nosotros como perjudicados. La demencial forma de estudiar que aún es hegemónica en España (los apuntes, propios o copiados del prójimo) debe cambiar de forma radical. Sólo así sería racional pedir lo que hay en otros países más civilizados en este aspecto: bibliotecas universitarias abiertas las 24 horas todos los días del año, porque quienes van a estudiar a ellas se sirven de sus fondos en papel o electrónicos y no sólo de sus mesas y sus sillas, como ocurre aquí mayoritariamente.

Francisco López Hernández, biblioteca de la Universidad Carlos III de Madrid.

pacol@db.uc3m.es